



4ta. Etapa Fragmentos de una historia de montaña

"Las montañas no son estadios donde satisfacer nuestra ambición deportiva, sino catedrales donde practicar nuestra religión"
Anatoli Boukree

Hace algunos meses me perdí con mi madre por algún bosque cercano a Cercedilla y descubrí que había algo en esas montañas, en esos senderos, en esos caminos que me atraía...Decidí desde ese fin de semana ir cada semana a descubrir una ruta distinta, un nuevo sendero, una nueva ruta pecuaria, una montaña que escalar. Con ello, vinieron las agujetas, los rasguños, la insolación, incluso algunas perdidas por la Pedriza, pero también descubrí en ello una adicción, un motor interno que me daba aliento para el resto de la semana, una paz interior que nunca había sentido. Ilusionado con la empresa que me había propuesto, mi padre, cuál cabra también se apuntó a alguna de las rutas que hice, contándome historias de mi abuelo y sus andanzas por las montañas de México. Parecía que la historia se repetía, mis abuelos, uno nacido en los Alpes Franceses y el otro en los Altos de Jalisco, habían sembrado en mí una pasión por la montaña hasta entonces desconocida.

Y entonces surgió la "Transguadarrama Achalay Solidaria", una idea que Fran estaba gestando junto con amigos y familia desde hacía tiempo, y sin darme cuenta, yo estaba ahí, inmersa en los preparativos, en materializar un sueño, una ilusión.

Para mí el Reto empezó mucho antes que aquel Km. "0" el pasado 22 de junio, los planos, el logo, los correos, las camisetas, las eternas reuniones que sólo hacían que cada día que pasaba, la Transguadarrama Achalay se convirtiera cada vez más en un anhelo, en un reto, personal y de grupo, en una lucha física y en un fin social.

La frase con la que abro este texto movió aún más esta pasión por la montaña, había encontrado en mis escapadas, el momento de reflexión, de darlo todo por una causa, de transgredir a la rutina, de dar gracias por lo que tengo día a día.

Y fue así como sin percatarnos de cómo pasaba el tiempo y cómo crecía la ilusión, llegó el gran día. El inicio de la "Transguadarrama Achalay Solidaria". Tengo que decir que conforme pasaban los fines de semana confiaba más en mi preparación física, en lo que había conseguido estos meses de rutas, pero los días previos a iniciar el Reto, cierto temor empezó a invadirme, ¿y si no soy capaz de conseguir lo que me he propuesto?, ¿y si defraudo a alguien?, y no me daba cuenta de que, ni defraudaba a nadie, ni tenía ninguna meta específica más allá que la de caminar hasta dónde pudiera por aquellas montañas.

Expectante, ilusionada, algo temerosa y muy contenta y acompañada de uno de mis mejores amigos, partimos aquel viernes rumbo a Cotos para encontrarnos con el resto de la Cordada Achalay, yo sabía que no había ya vuelta atrás y que desde aquel momento mi vida tendría un punto y aparte.

Las cosas al final nunca salen como uno quiere, por más que planifiques, siempre hay ajustes de última hora, cambios de planes, y así fue mi comienzo en la Sierra de Guadarrama,

adelantamos al grupo para subir a la Bola del Mundo, sin planos, sin brújula, sin más guía que el instinto y un sol poniente. Y llegamos a la cima. Desde aquel momento, esas antenas se convirtieron en el mayor referente que tuve durante los siguientes días de la locura que estábamos emprendiendo. Ahí, silenciosas, nos observaban bajar rumbo al refugio para encontrarnos con el resto de nuestros compañeros.

No puedo describir los momentos previos a verles llegar al refugio, quería saber cómo estaban, abrazarles, compartir lo que hasta ahora había sido su camino y el nuestro. Y qué alegría me dio cuándo les vi aparecer, destrozados pero con una sonrisa que no podían ocultar a pesar del cansancio que cargaban encima.

Esa noche por fin, se reunió la Cordada completa, compartimos risas, experiencias, historias, por fin éramos un grupo, por fin la Cordada Achalay estaba completa.

Por desgracia, al día siguiente mi cuerpo me hizo una mala jugada, e inicié mal el camino, una serie de paradas "obligatorias" a devolver el desayuno me dejaron bastante machacada antes ya de terminar la primera ascensión del día, no sólo era ya la debilidad en la que me encontraba a tan cortas horas del inicio, sino un sentimiento de desesperación, de impotencia; en aquel momento experimenté una frustración enorme, y empecé a verme tan lejana de lograr conseguir llegar a la meta, que incluso planteé al grupo abandonar el trayecto.

El orgullo no siempre es bueno, a veces incluso caemos en la soberbia y en la arrogancia, si, es cierto que no tenía que demostrarle nada a nadie, pero, esta vez, mi orgullo me hizo seguir, en ese momento pensaba que para demostrarle al grupo que podía, lo que no sabía era que en realidad era para demostrarme a mi misma, de lo que era capaz.

No hacía falta saber cuántos kilómetros habíamos recorrido, sólo con mirar cómo se alejaba la Bola del Mundo y sus antenas, sabías que el mecanismo estaba en marcha, que la ruta estaba emprendida y que mientras más pequeña las viéramos, más cerca de la meta estaríamos.

Y el día siguió, cumbre tras cumbre, collado tras collado, sintiendo auestas cada vez más el sol que en ésta época de año no es más que un precioso enemigo, esas cuestas me mataban, pero mirar atrás, ver toda aquella creación contrarrestaba ese ahínco, no negaré que puse mi esfuerzo y mi sacrificio de aquél día varias veces en manos de la oración. Personalmente, la oración me da mucha fuerza, me repone y me anima a seguir, ese día, me hacía olvidarme de aquél esfuerzo sobrenatural, pensaba sólo en el siguiente paso a dar ofreciendo cada uno de mis movimientos. He de reconocer que me abandoné en las manos de Dios varias veces aquella mañana.

La tarde fue mucho mejor, repuesta e hidratada disfruté mucho más del grupo, se convirtió en un paseo, más que en un esfuerzo sobrenatural, dejando de lado todas aquellas ideas que bloquearon mi cabeza por la mañana. Es indescriptible lo que puede llegar a suceder en tan pocas horas en tu cuerpo y en tu cabeza, en tu soledad y en tu presencia en un grupo. Son pequeños detalles que cambian todo, pequeñas decisiones, guiños, que te hacen sentir un momento cualquiera, como el mejor momento del día, conversaciones poco trascendentales que se convierten en tesis filosóficas, pero sobretodo, gestos y acciones que aislados no representan nada, y sin embargo en el contexto de nuestra Cordada, se convertían en los hitos de nuestro camino. Sonrisas, palmadas en la espalda, miradas de complicidad, manos que se tienden, palabras de aliento. Por fin, y hablo por mí, me sentía parte del grupo, había logrado después de una ardua y dura lucha interna y personal sentirme parte de esa Cordada. Y qué ilusión nos dio, ver que parte del grupo al cuál algunos habíamos relevado, reaparecía entre

las sombras para animarnos a terminar la jornada, para compartir entre todos, una cena y las experiencias del día.

El fin de esa larga jornada terminaba con un cielo que nos cobijaba con su manto de estrellas y nubes. Aún faltaba un día más, y me preguntaba una vez más, si sería capaz de llegar al final.

La mañana siguiente no fue muy distinta a la anterior, parecía que a mi cuerpo le divertía verme pasarlo mal por la mañana, sin embargo no sucumbí esta vez, la recuperación fue más rápida que el día anterior y unos cuántos cerros más adelante, sólo tenía en la cabeza una cosa, llegar a la Cruz Verde; había logrado dejar atrás el falso orgullo, la desconfianza en mí misma y la frustración.

Poco a poco el pecho se me inundaba con un sentimiento incontrolable de alegría y lucha, el calor seguía ahí, pero ya no me molestaba, sólo pensaba en seguir, en continuar y en alcanzar la meta. Estábamos cansados, pero entre todos, habíamos logrado tendernos la mano y continuar, hubo muchos gestos que agradezco de parte de los integrantes de la Cordada que fueron clave en que continuara hasta el final, la paciencia de Alex, las sonrisas de Elena, la energía de Miguel, la preocupación de Fran... En eso consistía la Cordada, en estar ahí unos para los otros, pero eso, fue una dura lección para mí, y tardé en aprenderla y no menos en apreciarla.

Poco a poco, el punto de fin se veía más cercano, un par de cerros más y estaríamos en nuestro destino, y ahí, entre algunas curvas visualizamos la Cruz Verde, me tomé un minuto para hacerle honor a mi abuelo y rezar lo que él rezaba al ver por primera vez su destino, y luego casi me dejé llevar flotando hasta la meta, los pies ya no pesaban, sólo tenía que seguir, parecía que podía tocar con alcanzar la mano un poco, aquellos tejados. Ni qué decir cuándo alcanzamos la meta, las lágrimas salieron sin contenerse, y en un instante de introspección, di las gracias, por haberlo logrado, por estar ahí, por compartir esta experiencia con gente magnífica. Lloré de alegría porque finalmente me demostré a nadie más que a mi misma que puedo y que soy capaz de conseguir un reto personal, de luchar por una causa justa.

Lograr cumplir este sueño no era pues, cuestión física, que la eché en falta en muchos momentos, sino que era tener decisión, amor y fe en que lo lograría, en que lo lograríamos. Lo mejor no estaba por venir, lo mejor era lo que vivimos cada uno de esos instantes de ese fin de semana inolvidable, lo mejor, fue ese esfuerzo por alcanzar una cima, esos descansos al lado de las fuentes, esas piedras y abismos que se abrían en algunos descensos, lo mejor era poder compartir todo eso con un grupo y saber que estaban ahí. Lo mejor fue caminar por un fin común y con una meta personal, porque al final, no eran las cimas las que alcanzaba, sino que me alcanzaba a mí misma con cada una de ellas. Más que un fin de semana de montaña, fue un fin de semana de aprendizaje, aprendí mucho de mí misma, pero también aprendí mucho de los demás integrantes, de nuestras experiencias como grupo. Gracias a todos ellos, porque quizás sin su apoyo, no lo habría logrado.

Al día de hoy, sólo quedan restos de lo que fueran las agujetas y algunas heridas “de guerra”, pero en mi interior permanece una gran historia, una gran experiencia. Las montañas están ahí, sólo necesitamos acercarnos a ellas para escribir más historias maravillosas como ésta.

Rocío

Diario de la Transguadarrama Achalay. 4ta. Etapa

Todavía un mes después sigo recordando aquella cuarta y última etapa de la Transguadarrama Achalay con cierta sensación de opresión, de malestar y agotamiento físico y mental. La ola de calor presente en toda la península durante todo el fin de semana no era una excepción en nuestro caminar por la sierra de Guadarrama. Lo cierto es que la sierra en sí no nos resultaba en absoluto un lugar hostil, las largas horas de marcha, las noches durmiendo al raso y la experiencia acumulada hacían de esas montañas un lugar común para todos nosotros. Sin embargo recuerdo aquel último día cruzando el valle de Cuelgamuros a mediodía con cierta sensación de sequedad, de fatiga. El aire era cada vez más pesado, más cargado, todo permanecía a nuestro paso inmóvil, sin brisas ni murmullos salvo por el ruido continuo de la chicharra, paisaje sonoro indispensable en el comienzo del verano. El valle, los cerros y lomas estaban amarillos, San Juan y el monte Abantos a lo lejos resultaban inalcanzables. El mismo horizonte a medida que pasaban las horas. El tiempo parecía no avanzar, parado al mediodía. Encorvados bajo nuestras mochilas sentíamos la llanura castellana quemada por el sol con su luz intensa y brillante, cruzábamos silenciosos el valle con el cielo cada vez más bajo. Terrible resultaba la soledad de aquel páramo, cómo única opción sólo nos quedaba mirar al cielo, a diferencia de las cumbres en aquel valle no reconocíamos a nuestros pies ni arroyos ni árboles donde poder resguardarnos.

Domingo 26 de Junio de 2011. 06:40 de la mañana. Alto del León

En realidad llevo más de una hora desvelado dentro del saco, dándole vueltas a la etapa de hoy, en teoría esta etapa es la más corta de las cuatro, es la más asequible en cuanto a desnivel de toda la Transguadarrama Achalay, sin embargo cada una de nuestras estimaciones iniciales sobre el mapa se han visto sobrepasadas por la realidad, lo que iban a ser siete horas de marcha se convirtieron en diez, lo que iban a ser nueve, al final del día pasaron a ser más de doce horas en ruta, esta claro que la Cordada Achalay lleva su propio ritmo vital muy diferente del que pensábamos al principio del reto. Luego está el calor, son las siete de la mañana y ya tenemos quince grados de temperatura. Tenemos que empezar a caminar cuanto antes y aprovechar las primeras horas de la mañana.

Mientras nos preparamos repasamos mentalmente la etapa, tenemos la subida al Cabeza Líjar (1824 mts.) desde el collado Lagasca, exigente pero corta, también la del Cerro de la Salamanca (1789 mts.) más llevadera, tenemos que atravesar también el largo Valle de Cuelgamuros y finalmente la ascensión al San Juan (1734 mts.) y el Monte Abantos (1763 mts.), con una primera parte de la ascensión dura pero que luego transcurre prácticamente horizontal por un camino al lado del muro del valle de los Caídos. Tras la parada en la pradera de la fuente del Cevurnal, sólo nos quedará llegar al puerto de San Juan de Malagón (1590 mts.), subir el Barranco de la Cabeza (1682 mts.) con un tramo inicial y final más tendidos y bajar hasta el Puerto de la Cruz Verde (1256 mts.), ¡el final de la Transguadarrama Achalay! sin olvidar que desde allí todavía tendremos una hora y media hasta la estación de Zarzalejo donde cogemos el tren que nos llevará de regreso a Madrid. Parece todo tan fácil...

08:30. Collado Lagasca

Llegamos al Collado Lagasca, no ha pasado ni un mes desde la última vez que estuvimos por aquí reconociendo el perfil y localizando fuentes. Precisamente hemos hecho una breve parada para desayunar y recargar nuestras cantimploras y depósitos de agua en una de las fuentes que localizamos en aquella excursión, la Fuente de las Hondillas. Es muy importante

que vayamos con suficiente agua, previsiblemente hasta que no lleguemos a la Fuente del Cevurnal en el monte Abantos no encontraremos más fuentes.

09:10. Cabeza Líjar

Las vistas desde el mirador de la cumbre del Cabeza Líjar son realmente espectaculares. Desde lo alto reconocemos casi todo el sector central de la Sierra de Guadarrama, también el valle de Río Moros, los pinares de San Rafael a nuestros pies, la Cueva del Valiente, el embalse de la Jarosa, el valle de Cuelgamuros, las Machotas...y cómo no, a lo lejos, las cuatro torres de Madrid, el icono más reconocible de nuestra ciudad, cuesta perderlas de vista desde la sierra.

10:03. Cerro de la Salamanca

Tras diez minutos de descanso en Cabeza Líjar iniciamos la bajada al collado de la Mina para posteriormente subir al Cerro de la Salamanca, es una cumbre fácilmente accesible y la verdad es que no nos supone mucho esfuerzo llegar al punto más alto. Por delante nos queda, quizás el tramo más duro de la etapa, cruzar en las horas centrales del día el valle de Cuelgamuros y subir al Alto de San Juan y el monte Abantos.

14:30. Monte Abantos

Duro, muy duro ha sido el paso del valle de Cuelgamuros, a pesar de las reservas de agua, una media de dos litros y medio por persona, el calor ha sido sofocante, por suerte poco antes de subir al Alto de San Juan, cerca del Refugio de la Naranjera, hemos encontrado una señal que nos indicaba la proximidad de una fuente, a 25 minutos, en la carretera que lleva a Peguerinos desde San Lorenzo de El Escorial.

Ya estamos en el Monte Abantos, cada vez más cerca del Puerto de la Cruz Verde. Tras hacernos la foto de grupo en la cumbre con el monasterio de San Lorenzo de El Escorial a nuestros pies decidimos comer y descansar en la pradera de la fuente del Cevurnal.

17:40. Barranco de la Cabeza

El descanso en la pradera de la fuente del Cevurnal ha sido prácticamente de dos horas, necesitábamos descansar, comer, echarnos una siesta bajo la sombra de los pinos que rodean la pradera. Finalmente a las 16:15 nos pusimos en marcha. Recuperadas las fuerzas, la última ascensión de la Transguadarrama, la subida al Barranco de la Cabeza la hemos hecho a buen ritmo.

19:00. FINAL DE LA TRANSGUADARRAMA ACHALAY SOLIDARIA 2011. Puerto de la Cruz Verde

¡Por fin!, ¡llegamos!, cuatro días después ya estamos en el Puerto de la Cruz Verde. Creo que es una sensación general, lo cierto es que estamos tan cansados que no hay una celebración especial al llegar. Nos hacemos un par de fotos en el puerto. Las botas nos pesan, los pies nos queman. La parada en el puerto es apenas de cinco minutos, enseguida nos ponemos otra vez en marcha para llegar cuanto antes a la estación de Zarzalejo, el tren que sale con destino a Madrid pasa por Zarzalejo a las nueve de la noche.

20:30. Zarzalejo estación

Ahora ya sí, ya no tenemos que andar más, estamos en el andén de la estación de Zarzalejo esperando el tren. Hemos comprado unas latas de cerveza y hemos brindado por el reto conseguido. Qué liberación al quitarse las botas, nos cuesta caminar, siento muy cargadas las piernas. Deberíamos estirar un poco pero me faltan fuerzas hasta para ponerme de pie. Ya estamos más relajados, nos hemos liberado de toda la tensión que hasta entonces sentíamos sobre nosotros. Al llegar a Madrid a las diez de la noche empezamos a ser conscientes del calor que ha hecho y que hemos sufrido a lo largo de los días que hemos estado en ruta, en la sierra era una sensación de opresión enorme pero nada comparable al calor que hace cuando salimos de la estación de Nuevos Ministerios. ¡Las diez de la noche y este calor!.

Seguramente con el paso de los días y las semanas comenzaremos a ser conscientes de lo que hemos hecho pero ahora nos basta con celebrar que llegamos, que no hemos perdido el tren que nos llevará a Madrid y que esta noche dormiremos en una cama en condiciones y nos ducharemos con agua caliente.